

2° Encuentro Nacional de Gestión Cultural

*Diversidad, tradición e innovación
en la gestión cultural*

Tlaquepaque, Jalisco. Octubre 14 al 17, 2015

APROXIMACIÓN CRÍTICA AL CONCEPTO DE GESTIÓN CULTURAL EN CHILE, DURANTE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

Dr. Manuel Sepúlveda

Mg. Rafael Chavarría



Abstract: En la ponencia se abordan algunos de los problemas históricos y teóricos, que implica investigar la existencia de experiencias de gestión cultural al interior de las múltiples iniciativas culturales y de las diversas formas de institucionalidad cultural gestadas durante gobierno de la Unidad Popular (1970-1973). En la primera parte, haremos un breve repaso de los contextos de surgimiento de los conceptos de cultura y gestión, de las experiencias que buscaron definir y, para el caso de la cultura, de los diversos sentidos y énfasis que adquirió en su itinerario, para luego examinar el encuentro y articulación de ambos conceptos en los ochenta, y la forma en que son redefinidos a partir de la actual racionalidad neoliberal. En la segunda parte, procedemos a diferenciar la denominada “postura administrativa” de aquella con vocación territorial, social y comunitaria, en tanto expresión de otra forma de conceptualizar la gestión cultural, cuyas raíces se remontan a la década del sesenta del pasado siglo. Finalmente, a partir de esta diferenciación y de la tesis sobre la existencia de gestores culturales en forma previa a su profesionalización y formalización por la academia, examinaremos algunas experiencias de intervención cultural gestadas durante el Gobierno de la Unidad Popular en Chile, que podrían constituir sus antecedentes históricos.

I. Introducción

El objetivo de indagar la existencia de experiencias de gestión cultural al interior de las múltiples iniciativas culturales y de las diversas formas de institucionalidad cultural gestadas durante gobierno de la Unidad Popular (1970-1973), involucra una serie de problemas de orden histórico y teórico. El primero de ellos, se vincula a las problemáticas inherentes a los propios conceptos que definen la actividad, los de gestión y de cultura. Si bien, el primero ha decantado en un sentido más claramente afín a la actividad gerencial propiamente empresarial, en sus orígenes fue un concepto prácticamente análogo al de administración. El término de cultura, en cambio, presenta una complejidad mayor. En su trayecto histórico ha designado experiencias complejas y disímiles, registrando variaciones y sentidos contradictorios, muchos de ellos vigentes hoy en día. Las respuestas a la pregunta de qué es cultura, es decir, de las diversas

formas en que se han concebido las relaciones entre aquello que es y no es cultura, han debido considerar los vínculos y reciprocidades del concepto con otros afines y contemporáneos a él, como los de sociedad, economía y civilización, enfrentados a similares problemas y tensiones. Un segundo problema radica en el contexto de encuentro y articulación entre los términos que definen a la gestión cultural: el de la hegemonía del neoliberalismo, como nueva racionalidad del capitalismo contemporáneo, que redefine a la cultura desde una lógica eminentemente empresarial, para reinterpretarla como un recurso a ser gestionado. El tercero y más obvio, pero no por ello menos importante, es que la figura del gestor cultural se hace presente en nuestro país a partir de los años noventa, transcurridas más de dos décadas de nuestro periodo de estudio, pero, en tanto actividad, registra antecedentes previos a su profesionalización.

Los dos primeros problemas se encuentran fuertemente relacionados. Es por ello, que en una primera parte haremos un breve repaso de los contextos de surgimiento de ambos conceptos, de las experiencias que buscaron definir y, para el caso de la cultura, de los diversos sentidos y énfasis que adquirió en su itinerario, para luego examinar la forma en que son redefinidos a partir de la actual racionalidad neoliberal. Sobre el tercer problema, existe consenso respecto de que la existencia de los gestores culturales antecede a su profesionalización y formalización de sus credenciales profesionales por la academia. Sin embargo, las referencias sobre esto no son muy claras y las experiencias que darían cuenta de sus antecedentes históricos son tratados en forma general, sin ahondar en la potencial dimensión política implícita en lo que referimos como antecedentes previos. Esto no presupone que se pueda homologar, sin registro de inventario, aquello que en la actualidad se entiende por gestión y gestores culturales, con aquellas formas de organización, intervención y administración de la cultura, surgidas en la época histórica previa de la gran transformación operada por el neoliberalismo a nivel global a partir de los ochenta. Sin embargo, esto no invalida la posibilidad de rastrear prácticas de gestión cultural asociadas a experiencias de intervención cultural desarrolladas en los años sesenta e inicios de los setenta en Chile, con otros nombres y principios orientadores, como fueron las de animación,

promoción o difusión sociocultural, destinadas al desarrollo comunitario, impulsadas desde el Estado y desde organizaciones sociales y políticas, en el marco de un determinado *espíritu de la época* (Zeitgeist), marcado por un tenso y contradictorio proceso de afirmación de autonomía de las clases subalternas chilenas.

II. Gestión y cultura

Las fronteras entre las diversas posiciones que buscan dotar de sentido a la práctica profesional del gestor cultural, están en proceso de delimitación y, en gran medida, se desplazan tanto en relación a los variados sentidos, énfasis y usos que en su desarrollo histórico han registrado los términos que la definen, como a lo que consideramos antecedentes históricos de la gestión cultural. Es decir, si éste es un campo profesional que emerge en los ochenta, con un marcado énfasis en la dimensión gerencial de la cultura en tanto recurso, o, bien, si sus raíces se encuentran en experiencias de intervención cultural de carácter comunitario y popular, tales como las de alfabetización popular y otras que sin tener una clara autodefinición, podrían ser interpretadas como propias de la animación, promoción o difusión socio-cultural, de amplio desarrollo en décadas previas a los años ochenta en Chile y, en general, América Latina.

En su *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*, Joan Corominas (1984: 297), observa que *gestión* deriva de *gesto*, que en su acepción latina, *gerere*, significaba “llevar’, ‘conducir, llevar a cabo (gestiones)’, ‘mostrar (actitudes)’”. Término afín, y anterior al de gestión, es *gesta*, “historia de lo realizado por alguien”, participio de *gerere*. Así, *gestar*, es dar origen, producir hechos, generar. Siguiendo esta línea, Héctor Ariel Olmos (2008: 53), señala que se puede ver a la gestión “como el proceso por el cual se da origen a algo lo que, de por sí, implica movimiento, crecimiento, transformación creadora, relaciones de todo tipo”. En este sentido, en tanto acción, continúa Olmos, la gestión ha sido consustancial, en mayor o menor medida, a “los actos cotidianos y extra cotidianos de la especie humana” y, en tal sentido, antecede al uso del término en Occidente.

Sin embargo, de acuerdo a Corominas, es recién a partir de 1884 que entra en uso el término *gestión*, en tanto “acción de llevar a cabo”, junto a otros términos

afines, también derivados de gesto, tales como “gestionar. *Gestor* (...), lat. *gestor* ‘administrador’. *Gerente* (...), lat. *gerens, -tis*, ‘el que gestiona o lleva a cabo’ (...)”. El origen simultáneo de los términos gestión y gerente, siendo la primera una actividad propia de la segunda, no es ajeno a la progresiva racionalización de la producción capitalista y sus procesos administrativos. Las funciones de planificación, organización, dirección, coordinación y control del proceso productivo eran propias de la acción de gestión, en su acepción administrativa y gerencial. Producto de la fuerte influencia que ejerce la obra de Henry Fayol (1841-1925), el término administración desplaza al de gestión para integrar en su descripción este conjunto de funciones, al menos hasta la segunda mitad del siglo XX.

En cuanto al término cultura, si bien el problema es más complejo, ha sido objeto de abundantes estudios e intensos debates. Baste señalar, las contribuciones realizadas desde la Escuela de Birmingham, sobre todo en su etapa inicial con Hoggar, Stuart Hall, R. Williams y E. P. Thompson, quienes, como bien observa Armand Matellart (2012: 15) emprenden la tarea de “comprende de qué manera la cultura de un grupo, y sobre todo la de las clases populares, funciona como rechazo al orden social o, a la inversa, como forma de adhesión a las relaciones de poder”. Sin embargo, esta no es ni ha sido la única forma de comprender la cultura. Tanto en *Cultura. Sociología de la comunicación y del arte* (1981), como en *Cultura y Sociedad* (2001) y *Marxismo y Literatura* (2000), Raymond Williams ha dado cuenta de los diversos sentidos y énfasis que fue adquiriendo el concepto de cultura desde sus primeras formulaciones, y que éstos no respondieron a un movimiento interno al propio concepto, sino que fueron el resultado de su interacción tanto “con una historia y una experiencia cambiantes”, como con los problemas inherentes a otros conceptos, tales como los de sociedad, economía y civilización, con los que compartió, en sus formulaciones originarias, ámbitos, prácticas, connotaciones y problemas que se solapaban unos en otros, y de los cuales debió divergir para decantar en sentidos alternativos.

Desde América Latina, Néstor García Canclini (2004: 30-34), retoma estas formulaciones para examinar las principales nociones (narraciones) de cultura que

coexisten al día de hoy: desde la de uso cotidiano, que identifica a la cultura con la educación, el conocimiento, la información, cuyas raíces se remontan a fines del siglo XIX, al distinguir cultura de civilización, pasando por las desarrolladas en el siglo XX, de uso más científico, en las que cultura se confronta a naturaleza y sociedad. Todos estos significados, usos y énfasis que el concepto de cultura ha adquirido en su largo desarrollo, sobreviven hasta nuestros días, tanto en su uso cotidiano como especializado.

III. El encuentro de la gestión con la cultura

En los años ochenta del pasado siglo, los términos de gestión y cultura se encuentran y articulan en el marco de la nueva racionalidad del capitalismo contemporáneo, la neoliberal, que los redefine de modo radical. La categoría de cultura, que en ciertos momentos permitió deslindar dominios de la vida social relativamente diferenciados –es decir, sin una autonomía absoluta- respecto de la economía y, en particular, del mercado y su racionalidad, fue reinterpretada en términos económicos, en tanto recurso objeto de gestión, inversión y desarrollo, como cualquier otro factor productivo.

Esta reabsorción del concepto de cultura en las lógicas del mercado, más que hecho natural ha sido la resultante de un conjunto de acciones discursivas y no discursivas de los Estados, organismos supranacionales, universidades, ONG's, etc., dirigidas a crear el marco institucional adecuado a un orden competencia, dentro del cual la reinterpretación de la cultura en tanto recurso pasible de ser gestionado (Yúdice, 2002), es coherente y complementaria con la regulación de la vida social y la sociabilidad por las lógicas mercantiles. Si bien esta redefinición y uso de la cultura, puede ser interpretada como la resultante de una nueva episteme, como lo sostiene George Yúdice (2002), se ha integrado al orden de mercado como un dispositivo (*vid.* Foucault), es decir, como “un conjunto de praxis, de saberes, de medidas y de instituciones” que concurre, junto a otros, a la gestión, gobierno, control y orientación de “los comportamientos, los gestos y los pensamientos de los hombres” (Agamben). Dispositivo destinado a reproducir sujetos que *compitan* por el recurso cultura –la “concursabilidad de la cultura”

como parte de una cultura de la competencia, como se ha dado en Chile-, la internalicen y gestionen como una actividad *productiva* y, además, la *consuman*.

La centralidad del mercado en la coordinación social impulsada por el modelo de desarrollo neoliberal (Lechner, 1997), se evidencia no sólo en el desplazamiento del Estado en la organización y desarrollo de la sociedad sino, también, en las nuevas formas de comprender y organizar la cultura, y con ello, en una redefinición de los conocimientos, idoneidades y prácticas de quienes en el modelo anterior, ejercían las funciones de mediación entre los “productores del arte y cultura” y sus “comunidades o consumidores”.

Es decir, la gestión cultural no ha sido indiferente a los efectos de reabsorción de la cultura a la racionalidad económica neoliberal. Junto con la reinterpretación de la cultura como un recurso económico, se consolida una tendencia formativa y de práctica de la gestión cultural reabsorbida, también, dentro de la misma racionalidad instrumental. En un informe elaborado en forma conjunta por la Red Iberoamericana de Centros y Unidades de Formación en Gestión Cultural (IBERFORMAT), la Organización de Estados Iberoamericanos (OEI) y la UNESCO, con datos recolectados entre agosto de 2003 y agosto de 2004, se constata que la tendencia central es considerar a la “gestión cultural como la gestión de recursos para la ejecución de proyectos de mercado (postura administrativa)...”. Si bien se aprecia la emergencia de “posturas que consideran a los proyectos culturales en primer término, como factor importante del desarrollo social”, aún en ellos se encuentra presente la perspectiva anterior. Ciertamente es, que este nuevo “marco epistémico” que implica la cultura como recurso, no ha discurrido por cauces exclusivamente *discursivos*. Como bien observa George Yúdice (2002: 24), en ello han intervenido activamente instituciones supranacionales como la UNESCO, la OEI y la Unión Europea, organismos financieros internacionales, como el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo, redes globales como IBERFORMAT y lo que se ha dado en llamar la “sociedad civil globalizada de las fundaciones internacionales y de las organizaciones no gubernamentales...”, muchas de ellas comprometidas con el pensamiento neoliberal. En este sentido, la constatación en el informe referido, de

esa tendencia central en las formas de concebir y realizar la gestión cultural, no es sino, la verificación de una realidad a la cual las mismas instituciones que investigan han contribuido a construir, por medio de programas de formación, seminarios, publicaciones, congresos y redes.

Pero también han contribuido a fijar esa tendencia pragmática e instrumental en los programas de formación en gestión cultural y en los profesionales que se desempeñan en esa labor, los cambios registrados en el sentido mismo del término gestión. A partir de los años cincuenta, con Peter Drucker, el concepto de gestión adquiere progresivamente una entidad propia, diferenciada, y en gran medida opuesta, de la mera administración, para constituirse en el concepto clave de las herramientas de gerenciamiento y control de la fuerza de trabajo, desarrolladas por el *management* empresarial, ampliamente propagadas desde los años setenta. El viejo *ethos* burocrático de la administración pública, propio del modelo de desarrollo previo, estructurado en torno a la nociones de servicio al interés público y de derecho sociales asociados a la condición de ciudadanos, ha sido desplazado por lo que Francisco Puello-Socarras (2008) define como sucesivas “oleadas administrativas”, producto de las reformas neoliberales que han transferido principios y prácticas del sector privado al sector público.

IV. La disputa por los antecedentes históricos de la gestión cultural

Las inversiones desplegadas desde este complejo de instituciones y actividades, han permitido a la tendencia “administrativa” constituirse en la corriente predominante en los programas de profesionalización en gestión cultural: términos como “gerenciamiento”, “clientes”, “marketing”, “productos”, “recursos y capital humano”, “consumo”, y una marcada inclinación a operacionalizar cuantitativamente las actividades culturales, por medio de indicadores verificables “objetivamente” (es decir, susceptibles de ser medidos numéricamente), tienden a simplificar los complejos procesos culturales como una actividad productiva. Sin embargo, también se observa el desarrollo de una tendencia en gestión cultural centrada en el territorio, que, como bien observa Roberto Guerra Veas (2012: 126-127), busca restituirle a la gestión cultural una “finalidad social y vocación

comunitaria” y, por lo tanto, restituir la(s) cultura(s) apropiadas por el mercado a las comunidades a partir de las propias iniciativas y organizaciones¹, diversas y diferentes -y en momentos en oposición- a las tradicionales, que el mundo popular ha desarrollado.

Esta tendencia, presente en mayor o menor medida en otros países latinoamericanos, como Argentina, Uruguay, Brasil, Colombia y México, registra antecedentes previos a la formalización profesional de la gestión cultural. Los rasgos que la diferencian de la “tendencia administrativa”, tales como su centralidad territorial y local, sus fines sociales y de vocación comunitaria, sus prácticas de autogestión y planificación participativa, sus raíces en las múltiples formas de asociatividad propias del mundo popular, presentan ciertas semejanzas con formas de organización, intervención y administración de la actividad cultural desarrolladas en nuestros países en periodos históricos anteriores al actual. Esta observación guarda relación con el consenso existente, en torno a la existencia de “gestores culturales” en forma previa a su profesionalización académica. Es lo que se ha expresado en numerosos congresos y artículos.

Así, por ejemplo, en algunas ponencias presentadas en el I Congreso Internacional Sobre la Formación de los Gestores y Técnicos de la Cultura, organizado en mayo de 2005 por el Servicio de Asistencia y Recursos Culturales (SARC) de la Diputación de Valencia, en España, se coincide en señalar como antecedente de la formación académica de los gestores culturales, que los primeros formadores en gestión cultural partieron de la praxis, síntesis de conocimientos y prácticas previas que luego devendría en un saber y práctica especializada, formalizada en –y por- la academia. Algunas de estas experiencias guardan relación con trabajos voluntarios de alfabetización y educación popular, en barrios populares de principios y mediados de los setenta, bajo el influjo de Paulo Freire (Pinotti Baldrich, 2005; Valbuena Rodríguez, 2005). Una apreciación similar se advierte en la entrada “Políticas Culturales” del *Diccionario de Estudios*

¹ De acuerdo a Roberto Andrés Guerra Veas (2012), en el caso de Chile, entre ellos se cuenta a “los tradicionales centros culturales, agrupaciones artísticas, colectivos, bibliotecas populares, radios y televisoras comunitarias, revistas, grupos juveniles, de teatro, murgas y batucadas, muralistas, músicos, entre muchos otros, que configuran un sector que dista de ser homogéneo, pero que encuentra en la diversidad de acciones y sentidos que los conforman su sello característico”.

Culturales latinoamericanos (Szurmuk y Mckee Irwin, 2009), elaborada por George Yúdice, donde examina la emergencia de los primeros gestores culturales al interior de la extensa institucionalidad cultural mexicana.

Por su parte, para Ana Crisol Méndez Medina y María Guadalupe Orozco Heredia (2012: 73-74), “(...) la práctica de la gestión cultural está asociada al brote de prácticas culturales que se dieron alrededor de los años sesenta”, con nombres y principios orientadores diversos, tales como la animación sociocultural, en España y Argentina, “o la promoción cultural (llamada de este modo en México) enfocada al desarrollo comunitario”. Para las autoras, en el caso de Francia, Estados Unidos e Inglaterra lo que acontece es la administración y gestión cultural, “cuyo principio era la visión mercantil, centrada más en tareas propiamente administrativas”. Como vemos, y sin ánimo de esquematizar, sino sólo para señalar tendencias predominantes, las experiencias que anteceden a la gestión cultural, son radicalmente diferentes: en nuestros países, en las prácticas culturales referidas predomina lo territorial, lo comunitario y colectivo, lo social en íntima relación con las diversas formas de asociatividad que fue adoptando el pueblo en su desarrollo histórico. Para los países del capitalismo desarrollo, es la visión mercantil, gerencial y administrativa la que prevalece en las prácticas culturales que anteceden a la gestión cultural.

V. ¿Gestión cultural colectiva?

Experiencias similares de alfabetización y educación popular, de animación y promoción sociocultural, a las registradas en España, México, Argentina, Brasil, se dieron en Chile en los años sesenta y setenta. Así, por ejemplo, a 1970 casi un 14% de la población adulta era analfabeta, lo que equivalía en aquel entonces a cerca de 900.000 personas. Por medio del Programa de Educación de Adultos, se esperaba alfabetizar a 1973 a 150.000 personas, por medio de 5.000 monitores y 50.000 alfabetizadores, en coordinación con la Central Unitaria de Trabajadores y las Federaciones Estudiantiles. Además de la responsabilidad estatal, la eliminación del analfabetismo constituía uno de las principales tareas de los Centros de Cultura Popular, forma de organización por medio de la cual, según planteaba el Programa de la Unidad Popular, el pueblo podía ejercer su derecho a

la cultura. Además de esta tarea, se establecía entre sus objetivos estimular la creación artística y literaria, como, así también, multiplicar los canales de relación entre artistas/escritores y públicos, y se citaba como antecedentes a las primeras organizaciones obreras de principio de siglo impulsoras de la cultura popular. Si bien estos Centros no tuvieron el desarrollo esperado –muchos de ellos se dieron, sobre todo, en asentamientos campesino, impulsados por la división de Difusión Cultural de la CORA, la Corporación de la Reforma Agraria (1962-1974)-, se los pensaba como instituciones de formación, expresión y difusión de la cultura popular, pero también, como instituciones de mediación entre los creadores/hacedores culturales y las comunidades y/o públicos.

Otro ejemplo, es el de los denominados Saltamontes. En setiembre y octubre de 1971, la revista *Qué Pasa*, revista de la derecha chilena, da cuenta de la preocupación que genera en la oposición política de derecha al gobierno de la Unidad Popular, la emergencia de un grupo de “agitadores culturales”, denominados los “Saltamontes”, dependientes de la Conserjería Nacional de Desarrollo Social. En la primera de las notas, *Qué Pasa* reproduce parte de una entrevista a Carmen Gloria Aguayo, Directora de la Consejería, donde señala que la tarea del grupo es motivar:

“(…) a la población para las labores posteriores de Desarrollo Social, a través de actividades artísticas, de educación física y parvularias. Conviviendo por periodos de 21 días con los grupos vecinales y con abundante uso de medios audiovisuales, crean conciencia de la necesidad de cambiar este sistema que los explota e implantar el socialismo justo”. (Concientización. "Operación Saltamontes", 1971)

De acuerdo a *Qué Pasa*, para Carmen Gloria Aguayo su inspiración es la “[l]a iglesia moderna, simbolizada en Paulo Freire y Helder Camara”. En la segunda nota, reproducen documentos de la Conserjería donde se detalla la labor de lo que denomina, esa “extraña mezcla de agitadores y funcionarios”. Así, en el memorándum 4-C-6, titulado “Concientización a través de operaciones en terreno”, se hace el detalle diario de:

“(…) las tres semanas que cada grupo compuesto por 24 o 26 agitadores culturales debe invertir en la población o región elegida. Básicamente, el programa empieza y termina con un gran espectáculo, al que se califica de ‘estallido de actividades culturales y una movilización masiva tanto de gente como de medios de comunicación regionales’. La preparación de esos espectáculos, se interpreta en la nota, permite ‘motivar’ a los vecinos con los temas ideológicos que interesan al Gobierno y detectar a las personas que constituirán el núcleo de las futuras Comisiones Vecinales de Cultura, o ‘Casas de Cultura’ (...) Esta labor, observan, se denomina ‘principio de amarre’. Además de los aspectos artísticos o folclóricos, se da gran importancia a los de educación física, parvularia y del hogar...”. (Vuelven los saltamontes, 1971)

En el memorándum “8-C-6”, según consigna *Qué Pasa* en este artículo, se propone la utilización de los medios masivos de comunicación y se explica cómo debe el gobierno concientizar por medio de la tv, la radio, el cine, la prensa, la publicidad y los murales. En un trabajo posterior, Carmen Gloria Aguayo (2008: 349) describe la actividad de los Saltamontes en un registro muy similar a la desarrollada por los animadores socioculturales:

“El método de trabajo, cuenta Carmen Aguayo, consistía en hacer, con los pobladores, un diagnóstico de sus problemas para luego expresarlos en una obra de teatro. Se producía rápidamente un interés por participar y se creaba un gran dinamismo de manera que al final de la intervención eran los mismos pobladores los que actuaban en la obra, escribían el diario mural y decidían las acciones a realizar para conseguir solución a las necesidades de su población”.

De este modo, continúa, se “fortalecieron las organizaciones existentes y se crearon otras, como Centros Juveniles y unas Comisiones Vecinales de Cultura”. Sus actividades se desarrollaron en “Arica, Antofagasta, Coquimbo, Valparaíso, Talca, Chillán, Concepción, Temuco, Valdivia, Osorno y algunas poblaciones de Santiago”. Este trabajo de concientización de las condiciones de vida del pueblo,

en algunos casos trajo problemas: ante la realización de reuniones públicas y marchas para exigir mejoras en condiciones de vida, los funcionarios “reclamaron a las Intendencias acusando a los Saltamontes como grupos de activistas provocadores de disturbios”. Los Saltamontes, aclara, era un programa más, tal como los de Centros de Madres, las Lavanderías Populares, los Jardines Infantiles, los Bañerios Populares o La Consulta Popular para la creación del Servicio Social Obligatorio de la Mujer. Su objetivo era “acompañar al pueblo en un movimiento que empezaba con la toma de conciencia y lo impulsaba a ejercer sus derechos a participar en la creación de una sociedad mejor”.

En términos generales, se puede inferir que estas actividades requerían la existencia de redes de relaciones entre las organizaciones vecinales y quienes organizaban las actividades, como así también, una previa labor de diagnóstico y planificación de la intervención a realizar en la comunidad, con objetivos definidos, tal como se desprende de los artículos referidos y de las propias declaraciones de Carmen Gloria Aguayo. Ciertamente es que el espíritu de época, le imprimía a estas prácticas culturales una orientación y sentido muy diferentes a los actuales, que se encontraban en íntima relación con lo que en el momento se entendía por cultura y del papel que se le asignaba en la construcción de un orden social de nuevo tipo a construir.

VI. Conclusiones

Como bien advierte R. Williams, los diversos sentidos y énfasis que ha adquirido el concepto de cultura no se pueden desligar de los contextos históricos y las experiencias complejas y sin precedentes que ha descrito, como tampoco de su estrecha relación con los de sociedad y economía. En este sentido, el predominio de la denominada “postura administrativa” en la gestión cultural, puede ser interpretado como una imposición fáctica, producto de los cambios registrados en la economía y la sociedad a raíz de la expansión global del neoliberalismo, como nueva racionalidad del capitalismo contemporáneo.

Pero, si bien pretende imponerse como el único relato posible de la gestión cultural, la existencia de prácticas culturales con una clara orientación territorial, comunitaria, social y participativa, arraigada en las formas de organización y

sociabilidad populares, dan cuenta de otras formas de entender la gestión cultural, con raíces que se remontan a los años sesenta del pasado siglo.

Es claro que en aquellos años, para el caso de Chile, el agente “gestor cultural” no existía. Sin embargo, ciertas habilidades, experticias y tareas asociadas al mismo se encontraban presentes con mayor o menor nivel de integración, maduración y perfeccionamiento en las experiencias de intervención cultural referidas recientemente. Como hipótesis provisoria, podemos sugerir que la figura del gestor cultural, como individuo profesional que media entre diferentes actores de su campo profesional y al cual se asocian ciertas capacidades, roles y funciones, era ejercida por actores colectivos, ya sea instituciones como los Centros de Cultura Popular, ya sea agentes socioculturales como los Saltamontes, en íntima relación con el Estado.

Bibliografía citada

Agamben, G. (mayo-agosto, 2011). “¿Qué es un dispositivo”. *Sociológica*, 26(73), 249-264.

Aguayo, C. G. (2008). “La mujer y la familia entran a la Moneda”. En M. Lawner, H. Soto & J. Schatan, *Salvador Allende: presencia en la ausencia* (341-351). Santiago: LOM Ediciones.

García Canclini, N. (2004). *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Barcelona: Gedisa.

Corominas, J. (1987). *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana* (3ª ed.). Madrid: Gredos.

Guerra Veas, R. A. (2012). “La profesionalización de la gestión cultural y las prácticas culturales de base, elementos para el debate”. En J. L. Mariscal Orozco (Coord.), *Profesionalización de gestores culturales en Latinoamérica. Estado, universidades y asociaciones* (125-141). México: UDGVIRTUAL.

Lechner, N. (1997). "Las condiciones de gobernabilidad democrática en la América Latina de fin de siglo". Buenos Aires: FLACSO.

Mattelart, A. & Neveu, É. (2004). *Introducción a los estudios culturales*. Barcelona: Paidós.

Méndez Medina, A. C. & Orozco Heredia, M. G. (2012). “De prácticas y consensos. La profesionalización de los gestores culturales en Guadalajara”. En J. L. Mariscal Orozco (Coord.), *Profesionalización de gestores culturales en Latinoamérica. Estado, universidades y asociaciones* (73-84). México: UDGVIRTUAL.

OLMOS, H. A. (2008). *Gestión Cultural e Identidad, claves del desarrollo*. Madrid: Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo. Recuperado de: http://aecid.es/galerias/cooperacion/Cultural/descargas/Gestion_Cultural.pdf.

Pinotti Baldrich, J. (2006). “El gestor cultural: importancia del presente”. En C. Llabata Ponce, J. Martínez Tormo & Y. Sifres Sala (eds.) (2006), *I Congreso Internacional sobre la formación de los gestores y técnicos de cultura* (11-15). Valencia: SARC

Puello-Socarrás, J. (2008). *Nueva gramática del neo-liberalismo: itinerarios teóricos, trayectorias, intelectuales, claves ideológicas*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-CLACSO.

Szurmuk, M. & Mckee Irwin, R. (2009). *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos*. México: Siglo XXI Editores.

Valbuena Rodríguez, J. (2006) “Las nuevas tecnologías como herramientas para la gestión cultural”. En C. Llabata Ponce, J. Martínez Tormo & Y. Sifres Sala (eds.) (2006), *I Congreso Internacional sobre la formación de los gestores y técnicos de cultura* (27-58). Valencia: SARC.

Williams, R. (2001). *Cultura y Sociedad 1780-1950. De Coleridge a Orwell*. Buenos Aires: Nueva Visión.

----- (2000). *Marxismo y Literatura* (2ª ed.). Barcelona: Península.

----- (1981). *Cultura. Sociología de la comunicación y del arte*. Barcelona: Paidós.

Fuentes citadas

Concientización. "Operación Saltamontes". (16 de Setiembre, 1971). *Qué Pasa*, 1(22), 9-10.

Vuelven los saltamontes. (21 de Octubre, 1971). *Qué Pasa*, 1(27), 15.